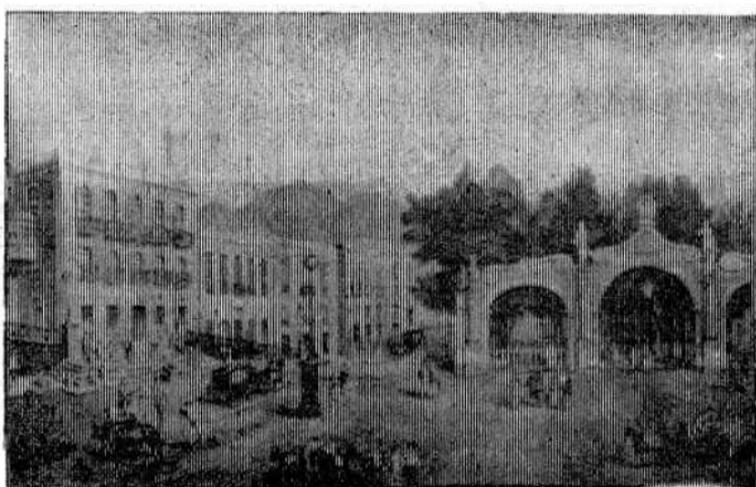


# PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTA CRUZ

Por Juan Antonio  
Padrón Albornoz

## LA VIEJA ALAMEDA DEL MUELLE



Viejo grabado en que, con toda claridad, se muestra el arranque de la calle de la Marina y, a su derecha, la entrada de la Alameda. A la izquierda, la Rambla de Ravenet

Hoy la centenaria Alameda del Muelle—o de la Marina, que también así se la llamaba—en nada recuerda aquel su primitivo trazado. Su historia comienza cuando, en el reinado de Carlos III, el entonces comandante general del Archipiélago, marqués de Branciforte, sugirió la idea que, aceptada, se llevó de inmediato a la práctica.

Don José Desiré Dugour, en sus "Apuntes para la historia de Santa Cruz de Tenerife", define al marqués—que luego llegó a virrey de Méjico—como persona "educada en la escuela de los hombres nobles que ilustraron el reinado de Carlos III, era el verdadero tipo del gran señor, del caballero, urbano y siempre obsequioso, al par que valiente militar y entendido administrador, y empezó a señalar su advenimiento a la Comandancia de las islas por muchas mejoras notables".

Innumerables fueron las disposiciones que el marqués de Branciforte tomó en beneficio de Santa Cruz. En 1785 realizó decisivas e importantes obras de carácter benéfico—hospital, hospicio, etc.—pero "no se contentó el activo general con estas mejoras. Dispuso la plantación de una Alameda en la Marina y en el sitio que aún ocupa, a cuyo embellecimiento hizo contribuir a sus amigos y contertulios. Ordenó también la formación de una plataforma al extremo del muelle, suficiente para colocar en ella artillería y aprovechar aquella excelente posición para aumentar las defensas de la bahía".

Dos lápidas de mármol daban fe y paso a la historia: "Ha sido costeada por la generosidad de las personas distinguidas de este vecindario, movidas del buen gusto y deseo de reunir su sociedad en tan propio recreo. Y estimuladas de la eficacia con que se dedica y contribuye el citado señor Comandante General, a la hermosura, adelantamiento y mejora de la Plaza y Población".

El paseo, de "ochenta varas de largo", tenía en su entrada un sencillo frente que, formado por tres arcos, estaba rematado por las armas reales y, a cada lado, estatuas de mármol que simbolizaban la primavera y el verano.

La Alameda estaba formada por tres calles que, bordeadas de plátanos del Líbano y tamarindos, estaban cubiertas por "un abundoso follaje y libran de los ardorosos rayos del sol canicular a los paseantes. Es deliciosísimo en los días más ardientes del estío pasear de dos a cuatro de la tarde en este sitio".

La misma fuente que hoy duerme a la sombra verde de los laureles adornaba ya el grato recinto. Hoy pasamos por ella sin apenas prestar atención a lo que, en un entonces ya lejano, constituyó orgullo de todo Santa Cruz.

Pero dejemos que un viejo escritor de la ciudad nos relate en su prosa aquella realidad que, hoy no escuchada, entonces sí lo era.

"Casi al fondo de la calle del centro y por delante de un jardín hay una fuente de mármol de Carrara, sencilla pero elegante y de muy buen gusto artístico, que tendrá sobre el nivel del pavimento de la Alameda tres varas de altura. Se compone de depósito o receptáculo que es de forma exagonal; del primer cuerpo de figura triangular y de hermoso dibujo, sobre el que descansa una taza compuesta de tres conchas en la que se apoya un bonito grupo de tres tritones con sus cabezas ligeramente apoyadas en la concha y sus colas lanzadas al aire y entrelazadas, que forman el segundo cuerpo".

Hoy la Alameda necesita de una mano, municipal y piadosa, que la restaure debida y adecuadamente.

Mucho se luchó por lograr la cesión del solar que ocupaba la Comandancia de Obras y Fortificaciones. Y, cuando el objetivo se logró y todo Santa Cruz regocijó, mucha más prisa se imprimió a la necesaria tarea de hacer desaparecer el edificio que frustraba unas posibilidades de la ciudad en expansión.

Pero lo único que hasta la fecha se ha logrado ha sido un aparcamiento para automóviles. Y, en épocas de fiestas, un lugar para la instalación de atracciones que, por cierto, desentonan totalmente con el ambiente de aquella zona de Santa Cruz.

Y no puso la ciudad su voluntad y apoyo decidido para lograr un solar y dedicarlo hoy a tales fines. Durante muchos años, Santa Cruz no cejó en su empeño, en su voluntad inquebrantable de obtener algo que, en sus mismas puertas, le sirviese para en bronce plasmar alguna de sus grandes gestas. Concretamente la del 25 de julio de 1797.

Hace años se habló y trató de este asunto. Incluso creo hubieron maquetas y diseños de lo que, en su día, sería el monumento a aquellos hombres que supieron luchar en defensa de su españolidad. De aquellos hombres que, una vez firmada la paz, con toda cortesía se despidieron de sus ayer enemigos que, a su vez—no menos corteses—se ofrecieron a entregar en Cádiz, bajo bandera de parlamento, los pliegos que el general Gutiérrez enviaba a Madrid dando cuenta de la victoria. Y de la derrota de los propios portadores de las misivas, que a tanto llegaba la hidalguía y cortesía de antaño.

Este monumento falta en Santa Cruz. Y la hoy olvidada

fensa de su españolidad. De aquellos hombres que, una vez firmada la paz, con toda cortesía se despidieron de sus ayer enemigos que, a su vez—no menos corteses—se ofrecieron a entregar en Cádiz, bajo bandera de parlamento, los pliegos que el general Gutiérrez enviaba a Madrid dando cuenta de la victoria. Y de la derrota de los propios portadores de las misivas, que a tanto llegaba la hidalguía y cortesía de antaño.

Este monumento falta en Santa Cruz. Y la hoy olvidada Alameda debe ser—lo es sin lugar a dudas—el lugar apropiado para allí se levante, dando frente a la mar santacruzera, recibiendo el largo látigo de la brisa.

“La Alameda se encuentra algo abandonada”. Esto escribía un diario local allá por 1880. ¿Que diría hoy?

Autos y más autos se alinean sobre el amplio solar que espera—¿hasta cuándo?—una decisión municipal que vuelva esta Alameda al “delicioso paseo de solaz y recreo que fue antaño.

...